

Hemos desalojado al niño

Del Libro "Crear, amar, esperar cada día", de Alessandro Pronzato

"No tenían sitio en la posada..." (Lc. 2,7)

Él se ha conformado con un pesebre. Pero nosotros lo hemos echado también de ahí, usurpando su puesto. Hemos quitado la paja verdadera para poner la dorada. Hemos construido el pesebre refinado, colocando dentro nuestras vanidades y tonterías.

Dios queda excluido cuando fingimos acogerlo. Dios es un extraño, sobre todo cuando nos hacemos la ilusión de "tenerlo" en casa. Hay algo peor que no dejarle sitio. Y es colocarlo según nuestros gustos.

Si él se presentase de verdad a la puerta de casa, a lo mejor bajo el disfraz de un emigrante, de un anciano del cercano asilo, de un excarcelado, para participar en nuestra fiesta (¡en "su" fiesta!), juraría que la navidad se nos atragantaría.

Reconozcámoslo: un pesebre, que no sea el que tenemos guardado en el armario, sino el que habría que preparar abriendo de par en par las puertas de nuestra personalísima "posada" al desconocido, nos da miedo.

Un año probé sustituir, en una capilla, al niño en la cuna. No me gustaba aquella especie de muñeco un poco defectuoso, empachado a base de papillas prefabricadas, con las mejillas mofletudas encendidas de color de rosa, los pequeños pies que parecían almohadillas mullidas, el pelo rubio, la camisa celeste bordada en oro y ribeteada de encaje...

Puse en su lugar una imagen más parecida a la de un niño palestino, naturalmente pobre.

El experimento no funcionó. "Esto inspira poca devoción", fue la piadosa justificación, que me dieron.

Sí, un Dios que se hace niño miserable, que nace en tierra extraña, prófugo, marginado, no satisface el sentimentalismo devocional. No es tranquilizador. No está previsto. Molesta a "nuestra" navidad. No se acomoda a nuestras ceremonias.